

Por el Dr. Aurelio García

FILOSOFIA Y CULTURA



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

FILOSOFIA Y CULTURA

En todo tiempo, por lo menos, dentro de lo que se considera como histórico y, por tanto, como sensibilidad cultural, ha habido emociones e ideas filosóficas de mayor o menor volumen y de grande o pequeña trascendencia, ideas que han influido y se han puesto en conexión con los movimientos culturales y han determinado generales y específicas concepciones del mundo. Así el mundo oriental y el mundo occidental han tenido sus filósofos y sus doctrinas filosóficas en relación con peculiares concepciones y organizaciones culturales. Estas mismas doctrinas filosóficas han pretendido penetrar en el fondo primario y esencial de las cosas, tales como la Naturaleza, el espíritu, Dios, la libertad, etc., para descubrir el sentido de verdad que anida en ellos y formular las teorías correspondientes, así como las interpretaciones inherentes a su propia significación problemática.

Núcleos constelares de espíritus han iluminado una vez y otra el *plafont* multiforme de las culturas y han delineado, a la vez, los caminos que la humanidad ha tenido que seguir en su desenvolvimiento espiritual y material. Cada pensamiento, «trascendente» o «inmanente», ha sido una lámpara encendida que se ha suspendido en la faceta obscura de las inquietudes humanas y ha sido también una llave que ha intentado abrir las férreas puertas de lo arcano. Pero inútil!... Todo ha permanecido y permanece implacablemente cerrado. Lo inaccesible es la ley que impera en todo. La «realidad» se oculta tras de velos metafísicos. Y el anhelo de comprensión humana se estrella contra las barbacanas del misterio. Si lo que el hombre considera hasta este momento como Dios, por ejemplo, será el Dios que corresponde a su esencia auténtica y a su existencia de «causa sui»? O será un ser

cuya naturaleza ni siquiera sospecha el humano intelecto y, por tanto, la calidad de «divinidad» que le atribuye, con sus características de «autodespliegue», «omnicomprensión», «omnisciencia» y más, está muy lejos de pertenecerle? Problemas son éstos que el hombre reflexivo y crítico no debe dar por resueltos sino que debe replantearse siempre e investigar en el campo mismo del conocimiento la posibilidad de encontrar su última esencia y su más remoto fundamento. Y si mediante la intuición pretende percibir la realidad íntima de la entidad divina, o de cualquiera otra entidad que se halle aquende o allende lo cósmico, por un lado, y, por otro, trate de investigar y captar la realidad de lo espiritual, con todas sus latentes o palpables manifestaciones, entonces el conocimiento que el hombre despliegue en tal sentido también debe convertir en objeto de meditación o de preocupación teórica, en el más elevado sentido de que habla Aristóteles. En esta virtud, cualquier manera de conocimiento que el intelecto siga deberá tender necesariamente hacia un positivo «saber», incluso el saber de la filosofía, lo cual dará como último resultado la «sabiduría» en sí misma. Pero esta sabiduría no quiere decir identificación con el «ens sapientísimo», sino sabiduría en su más plena significación objetiva.

La filosofía ha constituido siempre una especie de simbolismo de la época y una curva que se agranda y se define en cada momento histórico, colocándose así en trance de continuado desarrollo e imprimiendo un cierto ritmo unitario e inquebrantable de «posibilidades» a lo largo del flujo humano. Y aun cuando Spengler, en su simbolismo filosófico de la historia universal, nos hable insistentemente de la relatividad del pensamiento, concorde con la relatividad de cada cultura, haciendo de cada pensamiento relativo una cosa rota, inconexa y estanca, sin continuidad de tradición ni permanencia histórica, la verdad es que el pensamiento filosófico sigue un ritmo de continuidad y un movimiento «uniformemente acelerado», con variantes y matices en su expresión exterior y contenido en su fondo una misma estructura y una misma finalidad, de manera que todas las modalidades del pensamiento filosófico se ensamblan entre sí a lo largo del tiempo y forman una verdadera corriente, abocando finalmente hacia una misma conexión de sentido o hacia una «explicación» esencial de las cosas. Por consiguiente, la concepción spengleriana de las diferentes filosofías, como re-

sultado de las diversas almas culturales, almas que perciben, piensan, sienten y quieren de diverso modo, no está de acuerdo con la verdad que fluye de la significación unitaria del pensamiento humano, tanto que si se penetra un poco más en el fondo de dicha concepción, se encuentra con un sentido absolutista que salta, por ende, todo límite de relatividad y llega a una extensa playa metafísica, en donde rebota enérgicamente y en sentido unitario el espíritu para venir luego a expresarse en el mundo de la Naturaleza y de la cultura.

Esto quiere decir que el pensamiento, como calidad filosófica, y esta calidad filosófica como amplio halo de inspiración vital-culturalista, es uno y múltiple a la vez: es uno porque delinea la estructura de las culturas y atraviesa de cualquier suerte las edades; y es múltiple porque, por sobre la estructura o por sobre el vasto cimiento, germina, florece y fructifica la vida, la misma que se concreta en variados cuadros culturales. Al tenor de lo aseverado, el pensamiento, en su trayectoria eslabonada, realiza una faena dialéctica, procurando conciliar la unidad con la multiplicidad, dentro de un amplio concepto de «esencia» o «eidetismo» (εἰδετισμός), es decir, dentro de un concepto de la más amplia generalidad de lo real.

De tal suerte se realiza así el pensamiento que, observando lo que ocurre en la vida humana, claramente estructurada, asoma por modo evidente la verdad de lo expuesto. Así, por ejemplo, si se lanza una mirada escudriñadora sobre el mundo europeo, se encuentra uno fácilmente con la posición conciliatoria de la unidad y la multiplicidad. Tan cierto es esto que toda manifestación histórica occidental envuelve el criterio de lo uno y de lo múltiple. Lo «uno» formando el marco espiritual general, y lo «múltiple» diversificándose en marcos particulares, los mismos que se resuelven y sintetizan en el criterio de lo «general», en atención al principio de «esencialidad». En apoyo de lo dicho, cabe indicar el concepto del filósofo «esencialista» alemán Wilhelm Haas, quien, a propósito de Europa, se expresa así: «Se cumplen el curso y el destino de Europa según la ley de su *esencia*. Todas las épocas, pese a la diversidad de las esferas preferidas, pese a la variedad de los aspectos externos y de las diferentes características psicológicas, realizan una misma ley. Cada época se apoya en las precedentes. La última época, la de la civilización científico-técnica, viene sustentada por

los métodos del espíritu griego, por la voluntad dominadora de Roma y por el universalismo de la Edad Media. Recoge esos tres momentos y los incluye en la obra que ha de realizar en su nuevo tema: la NATURALEZA». La idea que se formula en el «Deus sive natura» («Dios como Naturaleza») constituye el contenido esencial de la cultura moderna.

La filosofía antigua, representada por sus principales cultivadores, desde Thales de Mileto para adelante, en su dirección naturalista o cosmológica, y desde Sócrates, Platón y Aristóteles, en su dirección humana o subjetivista, con carácter metafísico, hasta llegar al estoicismo, epicureísmo, eclecticismo, etc., en su tendencia ético-social y político-jurídica, con carácter antimetafísico, determinó una cultura de orden, de belleza, de bien, de armonía, de justicia y de primado del espíritu sobre la naturaleza, en consonancia con la amplia concepción del mundo en sentido cósmico (*κόσμος*) o de orden en general; de ahí la aplicación y desenvolvimiento de lo «macrocósmico» y «microcósmico» como un sistema de ideas y de convicciones que poseía el hombre antiguo.

Antes de la aparición de los filósofos, especialmente de Sócrates, la vida griega se deslizaba de un modo espontáneo y natural, fundida en una concepción mitico-religiosa, sin contornos ni perfiles de civilidad ni de actividad crítica, de tal manera que el contenido característico de dicho período se condensaba en la «espontaneidad existencial». El pensamiento en esta época prefilosófica era, pues, un pensamiento ingenuo, emotivo, acrítico; acaso un pensamiento de orden intuitivo, y por ser tal, inclinado a crear mundos mitológicos y teogónicos; de ahí que el ámbito vital y cultural de entonces se halle poblado de mitos, fábulas y leyendas, y de allí también que la mentalidad primitiva trate de ponerse siempre en relación con la Naturaleza, buscando en el seno de ella los dioses como fuerzas ocultas que rigen y gobiernan las cosas. Este es el ritmo peculiar del pensamiento que, con el transcurso del tiempo, se corrige y adopta una nueva fisonomía, aunque oculta la misma estructura, con la mágica aparición de los filósofos como Thales de Mileto, Anaxímandro,

Anaxímenes, Parménides, Heráclito, etc. Estos pensadores primigenios tienen como objetivo de sus especulaciones a la Naturaleza visible y tangible: su atención, por ende, comporta una dirección naturalista y procura penetrar en la esencia misma de las cosas, buscando el «arché» (*ἀρχή*) o «principio» fundamental de las mismas y la «hylé» (*ὕλη*) o «materia» primordial y plástica, capaz de adaptarse a todas las manipulaciones y configuraciones de las energías (*ενέργεια*) vitales (*ζωής*) y cosmológicas. Como consecuencia de esta preocupación naturalista, la vida humana circulaba de un modo suelto y con un acento de primitividad. Es preciso llegar a Sócrates para encontrarla insinuándose en la sujeción a normas de civilidad y sometiéndose a la ley de cultura interna o subjetiva, como resultado de la preocupación psicológica o espiritualista, al través de sus manifestaciones éticas, políticas y jurídicas, pasando, por tanto, de la fase mítico-religiosa a la fase racionalista.

Con Sócrates, que funda la razón como instrumento de conocimiento y la despliega en un sentido de soberanía absoluta porque tan sólo con ella es posible conocerse a sí mismo ("γνῶθι σεαυτὸν") y el mundo en torno, la vida griega cobra un nuevo sentido, que consiste en la racionalización por modo total, y la cultura, que es la cristalización de la misma, se forja al compás del «logos» (*λόγος*), el cual sirve para comprender hasta las últimas significaciones de las cosas y luego estructurarlas en diferentes formas y modalidades. Bajo el influjo radiante del «logos» se perfilan la ética y la política, que se relacionan reciprocamente y convergen, en admirable maridaje, hacia el ordenamiento de la convivencia social, llamada entonces «polis» o «Ciudad-Estado», dentro de la cual va a surgir, y de hecho surge, la libertad política, como una manifestación inequívoca de los derechos que informan el criterio de la ciudadanía y el sentimiento de alta civilidad. Asimismo el «logos» obra, entre otras cosas, en el sentido de dar origen a la idea de justicia, que, constituyendo la cumbre de las virtudes éticas, sirve para regular y armonizar las relaciones que surgen dentro de la convivencia humana. Así es como la filosofía socrática, poniéndose en conexión con todas las cosas concernientes al hombre, creó un nuevo orden de realidades, inmerso, sin embargo, en el dilatado mar de la espontaneidad tradicional y del intuitivismo emotivo y transhumano.

Dicho orden se condensó en lo científico (επιστημητικων), con dirección al «bien» (τὸ ἀγαθὸν). Las máximas «conócete a ti mismo» y «sólo sé que nada sé» han constituido las claves con las cuales se ha abierto, dentro de lo posible, el mundo misterioso del espíritu humano y en cuyo fondo se han encontrado los materiales indispensables para la elaboración y organización de la cultura llamada por antonomasia «occidental».

La filosofía socrática es ampliada y elevada a un plano de grandes proyecciones metafísicas con Platón. Esto quiere decir que la «razón», inicialmente perfilada con Sócrates, se desarrolla en una forma asombrosa y exuberante al través del «intuitivismo» platoniano. No precisamente en sentido discursivo y crítico, sino en sentido de «visión de esencias o de ideas»; de ahí que Platón designa al filósofo con el nombre de «filotheamón» (φιλοθεαμόν), que quiere decir «amigo de mirar». O en otros términos: el filósofo es un *vidente*. Y por ser vidente es un *sabio* en el verdadero sentido del vocablo. Por eso es que cuando Platón dice: «yo enseño la sabiduría» (Ἐγώ γέ διδάσκων διδασκων), se refiere justamente a la proyección del saber que consubstancialmente se halla en su espíritu.

Los diálogos platonianos son el mejor vehículo de transmisión del «logos», que la inteligencia griega, por boca de sus mejores representantes, ha estampado en páginas inmortales. Ese mismo logos, atravesando los siglos, ha generado y organizado la vida y cultura romanas, luego ha fundado la cultura medievalista (piénsese por lo menos en el máximo representante del racionalismo escolástico que fué Santo Tomás de Aquino) y, por fin, ha fundamentado y regido (continúa rigiendo) la vida y cultura modernas. El cartesianismo, que es la iniciación de la cultura crítico-racionalista en lo moderno, es el eco de la inteligencia antigua y la resonancia de la razón ateniense. Su «duda metódica» es el reflejo invertido del «escepticismo» romano-helénico. Pues bien, Platón (*loco summo natus*) es el humano que se diviniza de suyo y arranca del oculto magnetismo de su alma el esencial sentido de divinidad para ponerse en contacto con Dios, considerado como el «ens realissimum» o máximo «espíritu objetivo». Realiza, en tal virtud, una especie de «participación» (*μεθεξις*) de su espíritu en el espíritu divino y de su idea en la idea divina. Y es que Platón, fundamentalmen-

te considerado, es un verdadero y permanente destello intuitivo: su propia intuición es iluminación; de ahí que su «teoría de las ideas» representara la luz de la verdad (*ἀληθεία*), en contraposición a la opacidad fenoménica, sensible o fantasmal, que es la no verdad o error. Para Platón la «verdad» (*ἀληθεία*) es el «ser» (*ὄντως*), y la «falsedad» es el «no ser» (*μή ὄν*). Por tanto, sus ideas del «bien», de la «belleza», de la «justicia», etc., son las esencias existentes con propia claridad, desprendidas, eso sí, de la esencia y claridad trascendentales que es Dios o lo absoluto. La idea absoluta del «amor» o «eros platoniano», que preexiste en lo intemporal, así como las otras ideas absolutas, recorre una jerarquía graduada por el mundo sensible hasta llegar nuevamente al plano de la intemporalidad absoluta. El «eros platoniano», en su aspecto fundamental, es una conexión de sentido esencial que envuelve y penetra en todas las cosas, lo cual determina el ritmo, la proporción y la armonía dentro y fuera de lo cósmico.

La filosofía platoniana, como intuición de esencias, ha inaugurado una nueva manera de conocer y comprender el mundo, así como desde el punto de vista de la autonomía del pensamiento, ha servido de fuente de inspiración y de estímulos para la elaboración de los caracteres culturales europeos, en el más alto sentido espiritual. Y si Platón, como afirman sus críticos, constituye «el caso máximo de la ilustración europea», su influencia en la vida de entonces y posteriormente ha sido de inmensas proporciones, vinculado especialmente con la Academia de su propio nombre, Academia que ha sido el reflejo sociológico de una tal posición del espíritu («espíritu aristocrático») y de una modalidad especial del conocimiento (el conocimiento colectivo) en la trayectoria histórica y dentro de un ambiente de objetividad. Recuérdese, a este propósito, su teorización sobre el Estado y sus múltiples problemas conexos, habiendo sido considerados, según su propia opinión, de una índole objetiva, unitaria, aristocrática y jerarquizada. La concepción política platoniana, por ser idealista de principio a fin, es una consecuencia lógica de su purísimo idealismo trascendental. Y a esta norma idealista es que quiso Platón someter la conducta humana, habiendo fallado en sus lineamientos fundamentales y en su intención de aplicación realista en su época. No obstante, su idealismo y, por tanto, su aristocratismo político han tenido su aplicación en el ordenamiento social, jurídico

y político de la época caballeresca. Piénsese en la organización de la sociedad medievalista con criterio jerarquizado, y se verá la expresión tangible de la doctrina política platoniana.

Pero es Aristóteles el exponente cumbre de la filosofía crítico-discursiva de la antigüedad. A la inversa de Platón (intuicionista nato), Aristóteles utiliza el «concepto», yendo de lo conocido a lo desconocido, de lo particular a lo general, del «ser» ($\delta\epsilon\sigma\pi\tau\iota\kappa\sigma\tau\varsigma\; \tau\omega\; \delta\sigma\tau\omega\varsigma$) al «deber ser» ($\pi\rho\sigma\tau\iota\kappa\sigma\tau\varsigma\; \tau\omega\; \delta\sigma\tau\omega\varsigma$), en una como gradación lógica de suma rigidez y haciendo alarde de un talento magistralmente inductivo-deductivo, así como de un criterio analítico-sintético. Su pensamiento, de índole eminentemente racionalista, sigue variadas direcciones: lógica, ética, política, gnoseológica, metafísica, etc. Funda cada una de estas disciplinas al calor fecundante de la «razón» socrática, elevada a sistema y luego a teoría. Una vez fundadas racionalmente las lanza a la alta mar de la historia como un legado de inestimable valor que hace a la humanidad. Su preocupación filosófica tiene un carácter objetivo-subjetivo: unas veces se dirige hacia el mundo físico o naturalista; otras, se hunde en consideraciones psicológicas; asimismo se sumerge en estudios e investigaciones de carácter sociológico, histórico, jurídico y político. En opinión de Aristóteles, la política es la «reina de las ciencias» y, por tanto, la coloca sobre las demás; a su vez, estima a la ética como que «es el principio y una parte de la política» ($\mu\epsilon\rho\sigma\varsigma\; \chi\chi\; \alpha\sigma\gamma\varsigma\; \tau\varsigma\; \pi\omega\lambda\tau\iota\kappa\varsigma$).

Aristóteles es humano, demasiado humano, por eso es que su filosofía se asienta sobre bases realistas que se especifican y condensan dentro del vivir y operar humanos. Esto no obsta para que de allí arranque su ímpetu ($\delta\sigma\mu\gamma\varsigma$) hacia lejanías metafísicas, en pos de las «últimas causas» y de los «primeros principios» respecto de las cosas. Y el mismo ímpetu le obliga a trascender los linderos de lo sensible y penetrar en lo suprasensible para ir a buscar al «ser absoluto», al través de la «theoria» ($\delta\epsilon\sigma\pi\alpha$) o «contemplación», que es la virtud «dianoética» más alta que debe poseer y ejercitarse el hombre. Y si la virtud de la «contemplación» es la más sublime de las virtudes, puesto que merced a ella alcanza a identificarse con el pensamiento divino, es decir a convertirse en «pensamiento del pensamiento» ($\nu\sigma\pi\tau\varsigma\; \nu\sigma\pi\tau\varsigma$) propiamente dicho, la sublimidad de la virtud no es de tanto valor

sino cuando el hombre, que aspira a su propio «bien», se entrega por entero al Estado, que es la expresión máxima del «bien» y que para subsistir ha menester de la virtud condensada y formulada en la «justicia». He aquí por qué Aristóteles considera la política, que es teoría y práctica de la vida del Estado, como «la ciencia suprema, la ciencia maestra y arquitectónica».

Al famoso estagírita hay que considerarlo no sólo desde la amplia perspectiva teoricista, sino también desde la fundamental posición practicista. Esto quiere decir que el valor de su potencialidad intelectual no radica solamente en la construcción formalista y abstracta de las disciplinas de «razón», sujetando, por ende, a que el pensamiento ingenuo marche por carriles de reflexión y de juicio crítico, así como la conducta espontánea y poblada de prejuicios se superdite a normas inspiradas en juicios de valor o eticidad reflexiva y doctrinal, sino también en la fecunda estructuración y airoso desenvolvimiento de las disciplinas que se rozan de inmediato con los problemas que surgen en todo momento dentro de las diferentes situaciones de convivencia en los agregados sociales. Así lo político, lo jurídico y lo sociológico han venido a consagrarse y poner de relieve el afán incontrastable de sus tendencias francamente positivistas. Y su anhelo ético ha tratado de descubrir un mundo especial dentro de la vida del hombre: el *eudemonismo* (εὐδαιμονίας) o *felicidad*. Entendiéndose por tal felicidad «la actividad del alma en relación con la razón», cuyo camino y expresión es el «perfeccionismo» del hombre. Su concepto de «entelequía» (εντελεχεία), por otro lado, es la expresión más profunda de la «finalidad» que cada ser comporta interiormente para su propia subsistencia, desarrollo y función específica en la vida, lo cual cabe ser comprendido en su aspecto individual y colectivo, bajo la doble sugerencia teórica y práctica.

La resonancia del multiforme pensamiento aristotélico en el mundo de la cultura ha sido y sigue siendo clarísima y energética, tanto que de tiempo en tiempo se vuelve hacia su enorme sabiduría como fuente de inspiraciones valiosas y de sugerencias acertadas y coherentes. El pensamiento lógico en lo moderno, por ejemplo, es el mismo pensamiento lógico que Aristóteles fundara y desarrollara en lo antiguo y pasara a ser el pensamiento lógico en lo medieval, con to-

da su nomenclatura y sistemas silogísticos. Ni Kant, con su gran talento crítico y creador, pudo reformar la estructura fundamental de la lógica creada por el incomparable maestro de la «noción», del «juicio», de la «inferencia», del «silogismo», de la «deducción», del «principio de contradicción», etc. Tan sólo en la «Teoría del conocimiento» logró Kant introducir ciertas reformas fundamentales, a la vez que ampliar la esfera de investigaciones gnoseológicas. Así, por ejemplo, Aristóteles consideraba y presuponía como una posibilidad el «conocimiento»; al contrario, Kant preguntaba por dicha posibilidad, tanto que su primera pregunta, sobre la cual basa su formidable edificio epistemológico o crítico, la formula así: «¿Es posible el conocimiento?». Y luego continúa: «¿Si es posible el conocimiento, en qué consiste dicho conocimiento? El pensamiento político aristotélico, por otra parte, ha comenzado a revivir en la conciencia política contemporánea, considerándolo como básico para las interpretaciones del Estado («la más perfecta forma de asociación humana»), en su fase estructural, en su modalidad vital y en su aspecto de finalidad o tendencia teleológica. Así, por ejemplo, las teorías políticas contemporáneas que sostienen y propugnan la idea de que «el Estado es un fin en sí mismo», se debe a Aristóteles, quien, considerando al Estado como un ser natural, tiene que regirse por el principio de propia finalidad interna que se expresa precisamente con el término «entelequia».

A la función «formalista» de la filosofía aristotélica sucede la función «materialista», surgida como una verdadera y fundamental reacción a la supuesta sequedad intelectualista de entonces, encaminándose por los senderos de la vida ético-social, es decir, por aquellos lugares en donde la vida humana se muestra en todos sus cálidos y ondulados movimientos, con sus intereses, exigencias, solicitudes, aspiraciones, propensiones, tendencias, etc.; vida en la cual los preceptos de moral individual y social llegan a cobrar cierta preponderancia sobre los principios éticos de carácter formalista, fundándose, por tanto, el nuevo estilo de moral ya en un concepto utilitarista, ya en un concepto hedonista, ora en una renunciación a los placeres o a la vida pública o, por fin, a la vida natural, bajo la sugerencia de la idea «thanática» o de «suicidio», manifestando, en última instancia, que «esta vida no vale la pena de vivirla» y que como uno es

dueño de la vida personal y, por tanto, de la voluntad, bien se puede y se debe, dentro de un criterio moral, dar fin violentamente a la vida, para así «salir de este mundo como se sale de un cuarto lleno de humo». Ya era en un caso la «ataraxia» (*ἀταράξια*), es decir, la «pasividad», ya era en otro, la «adiáfora» (*ἀδιάφορα*), es decir, la «indiferencia», etc., los principios morales que informaban y debían informar la conducta humana, todo sujeto a los cánones de la razón. «Hacer las cosas con arreglo a la razón» era el lema lógico y ético de entonces, pudiendo interpretarse esto de «hacer las cosas conforme a la razón» del modo y forma que conviennesen a las tendencias fundamentales del hombre en un momento dado. El concepto de Cicerón sobre la función de la filosofía nos revela el carácter de la época, la cual se hallaba ceñida a un criterio de eminent practicismo y de un creciente pragmatismo, puesto que el pensamiento filosófico no era considerado ya como un fin en sí mismo sino como un medio para la vida. He aquí el concepto ciceroniano: «¡Oh filosofía que guías nuestra vida, conduce a la virtud y alejas los vicios: qué sería de nosotros y, en general, de la vida humana sin tí?».

La filosofía de esta época, que es precisamente la del romano-helenismo en su curva descendente, se caracteriza por su tendencia antimetafísica y por su moralismo encuadrado únicamente en móviles y perspectivas materialistas, como quiera que los fundamentos de la vida de entonces se reducían a laborar y actuar conforme a la naturaleza. Esta filosofía era la expresión de coincidencia con el aspecto otonal de la vida y cultura griegas: se hallaba en su posición de menguante. Su espíritu, cansado, desvaído y reseco, no alimentaba ya ideales de alta significación y trascendencia; se contentaba tan sólo con ciertas ideologías de poco alcance y referentes casi siempre a motivos «*hic et nunc*», es decir, de aquí y ahora, con tendencias a complicar y desordenar todo régimen de existencia y toda posibilidad de mejoramiento. Eran los momentos históricos en que la archicivilización realizaba estragos de gran espectación, con una sintomatología de muerte. Las corrientes filosóficas integradas por el estoicismo, el epicureísmo, el escepticismo y el eclecticismo, denunciaban la aparición de un período histórico en franca regresión y de un deseo creciente de salvación. La humanidad de entonces ansiaba realizar una radi-

cal conversión de su espíritu, con todo el repertorio de sus anhelos y aspiraciones. Necesitaba entrar en un remanso de paz y de tranquilidad. Estaba demasiado agitada y sacudida su sensibilidad y, por lo mismo, anhelaba descansar y sentirse segura y firme en la propia existencia. En definitiva, de una situación insopportable ya de dinamismo se quería pasar a otra de quietud y esperanza. Se anhelaba volver hacia el «ser» en su aspecto esencial de calma, de orden y de elevación. Y esto no podía efectuarse sino mediante la contemplación de carácter místico, infundiendo en su organismo espiritual el sentido oriental de la vida, es decir, un sentido de ensoñación y de misticismo. En suma: la vieja concepción del mundo que había generado una cultura y una civilización especiales caducaba y necesitaba, consecuentemente, ser sustituida por una nueva concepción cuya esencia fuese netamente espiritualista y trascendental.

Plotino de Licópolis es la figura espiritual que se presenta en aquellos momentos de aguda crisis y toma para sí la tarea de salvar al resto de la humanidad grecorromana, la misma que, elevándose en alas del pensamiento plotiniano, se asoma a las bardas de la vida con el fin de divisar en las lejanías ultramundanas el objeto soñado y largamente esperado: la Divinidad, para recostarse muellemente en su magnificencia y en su bondad absolutas. En efecto, Plotino irrumpió de súbito en aquel mundo decadente con una consigna redentora. Y la curva que traza en aquellos precisos instantes, pletóricos de urgencias y de desilusiones, es de simbolismo divino. Teósofo, hierofante, gnoseólogo: es una triple convergencia de su personalidad hacia el centro de sí mismo que es su *iluminación*. Del fondo sensitivo de su espíritu se levantan finas y silenciosas espirales de misticismo y de gnosticismo, es decir, de *vivencias religiosas*, fundidas en *vivencias rationalistas* (la unión de la «pistis» con la «gnosis», es decir, de la «fe» con el «conocimiento»), para ir a esfumarse en las amplias espaciosidades de lo divino. Su metafísica, esencialmente religiosa, se circunscribe en lo «uno» y lo «múltiple»: síntesis egregia que comporta la divinidad del hombre y la del universo. Dentro de su metafísica la idea suprema es Dios, o sea, el «Ser Absoluto». Y Dios es para Plotino la fuente originaria de toda vida, fuente de la que han salido las cosas en múltiples formas y a la que de nuevo retornan las mismas. Dios es lo trascendente.

Y es la sabiduría plena. Mora en un lugar supraceleste (*τόπος ὑπερυπερβόλιος*). Es extramundano y supramundano. En tal virtud, jamás podrá ser concebido por medio del concepto solamente. Es lo Uno en que está fundada la unidad de nuestro ser y en la que descansa toda la variedad de la vida. Es el Nus (*νοῦς*) que penetra, rige y gobierna todo.

Si la filosofía de Platón implica la unión estrecha y cordial entre el *valor estético* y *religioso*, y la de Aristóteles surge al impulso del *valor teórico*, la filosofía de Plotino significa el primado absoluto de la *razón religiosa*, constituyendo de un modo fundamental el movimiento de reacción y contraste frente al cristianismo floreciente, fundado éste tan sólo en la «fe». Si se interpreta la filosofía plotiniana —o neoplatónica— en un sentido de influencia práctica, se puede decir acaso que es el último gran intento realizado por el helenismo para conseguir el imperio espiritual del mundo. Y si se interpreta en su tendencia idealista, se puede decir que es la ventana abierta por donde quiso volar hacia planos suprasensibles el alma de la cultura antigua, en irremediable trance de muerte, impulsada por un anhelo irresistible de salvación. Quiso llegar al seno fulgural y plácido del *Deus implicitus*, es decir, al seno del Dios puro y perfecto. Pues que en aquella época toda una cultura, asaz madura, corría hacia su propia liquidación y muerte.

Es en Alejandría, la ciudad del ensueño helenístico-romano, en donde reflorece el platonismo con una intensidad y una frescura maravillosas, y en donde, por boca del excesivo Plotino, habla el espíritu del mundo antiguo bajo expresiones de divinidad. El Alejandrínismo, que es la cifra y compendio de la evolución filosófica antigua, del desenvolvimiento artístico, de la expansión y poderío romanos, de la expresión filológica elevada, del desarrollo comercial amplísimo, etc., constituye la última etapa del glorioso proceso histórico que tuvo su origen bajo el cielo profundamente azul de la Hélade.

Possiblemente la trayectoria del verdadero pensamiento idealista arranca desde Parménides, quien identifica el auténtico «ser» con el «pensamiento» y manifiesta que «lo racional es lo existente y lo existente es lo racional». Pasa luego por las doctrinas órfico-pitagóricas, atraviesa majestuosamente por el platonismo y llega de un modo triunfal a Plotino, que es la encarnación más alta de la idea y sentimiento de divinidad racionalista en el mundo.